





Amar con el alma







SANDRA DALLAS

Amar con el alma



Dos hermanas valientes en un mundo hostil

 *Editorial El Ateneo*

Dallas, Sandra

Amar con el alma / Sandra Dallas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

El Ateneo, 2023.

336 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Ana Bello.

ISBN 978-950-02-1331-8

1. Novelas. 2. Guerra Mundial. I. Bello, Ana, trad. II. Título.

CDD 813

Amar con el alma

Little Souls. Copyright © 2022 by Sandra Dallas.

Todos los derechos reservados.

Esta edición es publicada mediante acuerdo con Browne & Miller Literary Associates LLC., a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2023

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200 Fax: (54 11) 4308-4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Traducción: Ana Bello

Edición: Andrea Spangaro

Producción: Pablo Gauna

Imagen de tapa: Trevillion Images

Diseño: Marianela Acuña

Armado: Isabel Barutti

1ª edición: junio de 2023

ISBN 978-950-02-1331-8

Impreso en Printing Books,

Mario Bravo 835, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en junio de 2023.

Tirada: 4000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



*Para Kendall y Dana.
Que sueñen con los payasos.*



Capítulo I

El cielo ya se había teñido de azul oscuro cuando bajé del tranvía al atardecer y empecé a caminar por la acera. Hacía frío y el aire se sentía pegajoso y húmedo, como si estuviera a punto de llover. De los árboles caían hojas secas, que, con el viento, traqueteaban por los patios de las casas hasta llegar a las cunetas. Quería llegar rápido a casa. Había sido un día largo y tenía ganas de contarle a mi hermana sobre el desfile. Por eso no le presté atención al grupo de hombres que se encontraba sobre el pasto a mitad de cuadra.

A lo lejos se escuchaba el tranvía, con sus ruedas metálicas chirriando sobre las vías de metal, así que no oí los murmullos. Me ajusté el abrigo y empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. De pronto, una vez afuera del vagón caldeado, donde todos estábamos apretados, tuve frío. Esperaba que Helen ya estuviera en casa. Quizás ya había empezado a preparar el almuerzo y las tres podríamos comer frente al hogar.

Entonces lo vi al hombre tendido en el suelo, y me detuve. Tal vez estaba ebrio; el whisky ilegal podía voltear incluso al más fuerte. Aunque no existía una Ley Seca a nivel nacional, Colorado había aprobado una en 1916, hacía dos años. El contrabando estaba en pleno apogeo en el norte de Denver y las viejas ciudades mineras de las montañas. Quizás el hombre había resultado herido en un accidente de automóvil. Tal vez el joven de la otra cuadra, que solía correr con su coche a treinta kilómetros por hora, finalmente había atropellado a alguien. Sabíamos que tarde o temprano eso pasaría, aunque no vi su Modelo T; a lo mejor el conductor no se detuvo.

—¿Qué sucedió? —pregunté, mientras me abría paso entre dos de los curiosos—. ¿Está herido? Mi hermana es enfermera. Vivimos al final de la calle. Voy a buscarla.

Quise dar un paso adelante para ver mejor, pero un hombre que estaba a mi lado extendió el brazo para apartarme. Lo quitó enseguida, como si no debiera haberme tocado, y retrocedió.

—Será mejor que tenga cuidado —dijo.

Lo miré y noté su costoso traje gris, del tipo que promocionábamos como un traje con “encanto y estilo” en Neusteter’s, la tienda de productos exclusivos en la que yo trabajaba. No podía evitar prestar atención a esas cosas.

En ese momento se encendió la farola de la calle y pude ver al hombre en el suelo con un poco más de claridad. Era un soldado. Llevaba una chaqueta marrón abrochada hasta el cuello y unas botas lustradas que brillaban bajo la luz tenue. Cerca de él estaba su gorra marrón, como si se le hubiese salido al desplomarse. Entonces lo miré mejor, observé su cara. Tenía sangre en los ojos y la boca, y se retorció del dolor.

—¿Acaso nadie va a ayudarlo? —pregunté y atiné a arrodillarme.

En ese momento el hombre me tomó del brazo.

—Cuidado, señorita. Tiene la gripe.

La gripe española, por supuesto. Esa era la razón por la que nadie lo ayudaba; ni siquiera lo tocaban. Extendí mi mano, pero enseguida la retiré. Yo tampoco iba a tocarlo. No podía; no me atrevía. ¿Y si después llevaba la gripe a casa y contagiaba a Helen y a Dorothy?

Había leído historias en el periódico donde se mencionaba lo irónico de la situación: estábamos en 1918, la guerra parecía estar llegando a su fin, pero los soldados que habían sobrevivido se morían por la gripe. La trajeron de Europa con ellos, y ahora todos temían contagiarse. También había oído las historias de Helen sobre esa enfermedad. Durante un mes me había advertido cada mañana que tuviera cuidado, que me mantuviera alejada de las multitudes y que llevara el almuerzo al trabajo para no tener que comer en algún restaurante. Habíamos dejado de ir al cinematógrafo, a las tiendas departamentales, incluso a la iglesia, aunque eso no fue ningún sacrificio, ya que raramente íbamos. Maud, nuestra inquilina, había muerto por la gripe, y nosotras acogimos a su hija de diez años, Dorothy. Incluso se había rumoreado que cancelarían el desfile de Liberty Loan de hoy. Pero se llevó a cabo, y yo fui a verlo y me mezclé con la multitud, ignorando las advertencias de Helen.

De pronto me di cuenta de que yo podría haber sido la persona tendida en el suelo, con las piernas y los brazos estremecidos, y la cara oscura, azulada. Me quedé en silencio con el resto de los espectadores, fascinada y al mismo tiempo

horrorizada, y miré cómo el soldado dejaba de sacudirse. Se retorció un poco más... y se detuvo.

—Está muerto —dijo alguien.

Temblé y me indigné conmigo misma por no haber hecho nada. Debí haberme arrodillado al lado de él, debí haberle tomado la mano. El soldado tendría que haber muerto con algo de humanidad. ¿Y si hubiera sido Peter, mi prometido, que en ese momento estaba luchando en Francia? Si se hubiese estado muriendo, me habría gustado que alguien le tomara la mano en sus últimos momentos de vida. Pero yo tenía tanto miedo de contagiarme la gripe como todos los demás. Me estremecí y di un paso atrás, dudando de si no me había acercado demasiado. Tal vez alguien de ese grupo de personas que contemplaban el cadáver ya se había contagiado, y uno de nosotros estaría muerto por la mañana.

—Deberíamos llamar a una ambulancia —murmuró un hombre.

—No hay muchas —contestó otro, que estaba a mi lado—. Además, no las envían para los muertos.

—No podemos simplemente dejarlo ahí. —Me sorprendió haber intervenido.

—Están los carros de la muerte, que dan vueltas todos los días. O quizás el Ejército venga por él —dijo el hombre de la ropa elegante—. Tengo teléfono. Llamaré a la oficina central cuando llegue a casa. No debería quedar ahí tirado por mucho tiempo. Se van a acercar perros y tal vez niños. —Tiró de su sombrero de fieltro suave hasta cubrirse la frente.

Después de mirar al soldado una última vez, los hombres se fueron rápidamente, arrastrando los pies entre las hojas secas, pensando en cómo comentarían lo ocurrido —“No

van a creer lo que vi hoy” —, exagerando un poco la historia para que sonara un poco mejor. Por supuesto que se encargarían de no quedar mal parados y dirían que estaban a punto de ayudar hasta que pensaron que podían llevar la enfermedad a su casa. “Si no fuera por ti, lo habría ayudado”, dirían, y así les echarían la culpa a sus esposas.

Fui la última en irme. Helen había visto a muchísimas personas muertas, pero esta era mi primera vez, mi primera vez fuera de una casa funeraria, claro, y allí los muertos siempre estaban maquillados, así que parecían gigantes muñecos de cera en lugar de personas reales despojadas de la vida. No conocía al hombre que estaba tirado en el suelo frente a mí; al menos, eso creía. Era difícil saberlo con tanta sangre y su rostro oscurecido. ¿Acaso iba caminando hacia la casa de su chica o estaba corriendo para alcanzar el tranvía? Quizás vivía en esa casa y había salido para morir afuera. ¿Tenía una esposa y una familia que creían que ya estaba a salvo porque había regresado de la guerra? Tal vez le había prometido a su hija que le leería un cuento o a su hijo que jugaría a las canicas a la noche. Se preguntarían por él mientras esperaban que la cena se enfriara. Si tenían teléfono, llamarían a los hospitales para ver si había tenido un accidente. En algún rincón de sus cabezas tendrían la pequeña preocupación de que fuera la gripe. Pero no: si había sobrevivido a disparos, a enfermedades y a las trincheras del frente occidental, no iba a morir de una insignificante gripe.

Pensé en lo terrible que era morir como él, afuera en el frío, con extraños mirando embobados. Siempre imaginé mi muerte en una cama, a una edad muy avanzada, con el cabello y el camisón blancos sobre unas sábanas blancas, rodeada de las

personas que me querían, llorando, y yo en paz, asegurándoles a todos que no tenía miedo, sino que estaba lista para lo que me esperaba. En otras palabras, no había pensado mucho en la muerte, pero en ese momento lo hice.

Podía ser yo quien estuviera tendida ahí en el suelo, fea, sucia y despidiendo el hedor de la muerte. Las personas pasarían cubriéndose la nariz con pañuelos y me mirarían con asco. Morir no tenía nada que ver con mi versión aséptica. Helen lo sabía, no me cabía duda. Nunca me había hablado de la muerte, pero, claro, siempre me había protegido; había intentado mantenerme lejos de las cosas desagradables.

Tomé mi pañuelo y me cubrí la nariz, pero sabía que sería inútil. Algunas personas usaban mascarillas de gasa o estopa, aunque el gobierno no había hecho ninguna declaración pública al respecto. Quizás el presidente Wilson sentía que darle demasiada importancia a la gripe era malo para la moral. Después de todo, la guerra no había terminado y la gente debía seguir animada. Durante un tiempo se vieron mascarillas en todas partes, aunque no protegieran de la gripe. Las enfermeras como Helen las usaban, y aun así se contagiaban.

Iba a contarle a Helen sobre el soldado muerto cuando llegara a casa y quizás también llamaría a la policía, por si el hombre que había estado a mi lado se olvidaba. Teníamos teléfono, porque Helen necesitaba mantenerse en contacto con el hospital, así que podía encargarme de ese pequeño gesto. Me haría sentir mejor.

Seguía con el pañuelo sobre la nariz cuando llegué a casa. Para entonces, el cielo ya estaba negro y la calle se iluminaba con las luces de los porches. Caminé entre las hojas caídas, mojadas por la lluvia, levanté el periódico vespertino y

empujé la puerta de entrada con el pie, sorprendida de que no estuviera del todo cerrada. Dorothy era temerosa, así que siempre revisábamos las ventanas y las puertas. Helen también era así. Yo era la que no se preocupaba. La luz de nuestro porche estaba apagada; la encendí cuando crucé la puerta. La sala de estar también estaba a oscuras, algo que me llamó la atención, ya que a Helen no le gustaba la oscuridad. De hecho, dormía con una luz encendida. Dorothy y ella debían de estar ocupadas en la cocina y no prestaron atención a la luz que no funcionaba.

Dorothy había vivido en nuestro sótano con sus padres, Ronald y Maud Streeter. Unos meses antes, el señor Streeter había salido y no había regresado jamás, algo que nos alegró, ya que le teníamos miedo. Lo mismo ocurría con las personas que traía a la casa. Creíamos que eran contrabandistas del norte de Denver o incluso de Leadville, una ciudad con minas de plata donde elaboraban un potente whisky llamado Sugar Moon. Maud y Dorothy también le tenían miedo porque él les pegaba, o al menos eso deduje yo al ver a Maud con un ojo morado. También había notado que tenía moretones en los brazos. Dorothy no tenía moretones a la vista, pero era evidente que su padre no le caía bien. Una vez, la vi escondida detrás de los arbustos mientras él salía del sótano. Otras veces, cuando su padre le gritaba a Maud, Dorothy subía a hurtadillas por las escaleras y se acurrucaba en nuestro porche. Y una vez, salí a buscar el periódico vespertino y la encontré dormida en la hamaca del porche; tal vez llevaba varias horas allí.

Maud nunca me contó qué le había sucedido al señor Streeter, solo que se había ido. Y me puse contenta, porque

ella y su hija estaban más felices las semanas posteriores a su partida, y Helen y yo también.

Después de un tiempo, Maud murió por la gripe, y nadie vino a reclamar a Dorothy. Podríamos haber puesto un anuncio en el periódico para buscar a su padre, pero ella nos rogó que no lo hiciéramos. Además, Helen no quería que el señor Streeter volviera. Con tantos niños huérfanos a causa de la gripe, a la ciudad no le importaría: Dorothy era solo una niña menos para enviar a un orfanato. Ella quería quedarse con nosotras, y Helen había dicho que debíamos acogerla, que era una de las pequeñas almas de las que hablaba Peter. Ya decidiríamos más adelante qué era lo mejor para ella, pero, en cualquier caso, por el momento sería nuestra hermana.

—¡Llegué! — dije en voz alta—. He tenido un día bastante movido. — Nadie respondió—. ¡Hola! — grité, y encendí una lámpara de la sala de estar. Di unos pasos hacia atrás y casi tropecé con una almohada que había en el suelo. Cuando miré alrededor, noté que había una silla tumbada y otra lámpara rota en el suelo—. ¿Helen? — grité. Debería haber sentido miedo, pero seguía pensando en el soldado muerto. Y sin embargo...—. ¿Dorothy? ¿Dónde estás?

Oí un ruido en la cocina, y luego la voz de Helen, aguda y casi ahogada.

—Estamos aquí, Lu.

Fui rápidamente a la cocina. En la oscuridad, distinguí dos figuras: Helen y Dorothy.

—¿Qué ocurre? Enciendan la...

—No —interrumpió Helen enseguida—. No lo hagas.

Mientras mis ojos se adaptaban a la oscuridad, miré a Helen, que estaba arrodillada en el suelo, inmóvil, con un

picahielos en la mano. A su lado yacía el señor Streeter, y me di cuenta de que estaba muerto.



Ese fue el comienzo de mi larga pesadilla. Un hombre yacía muerto en el suelo al final de la calle, y otro, en el suelo de nuestra cocina. Durante los oscuros días que siguieron, días en que la muerte parecía no darnos tregua, me iba a enterar de que Helen me había protegido de la maldad del mundo. Hasta ese día había dado por sentada mi vida feliz, pero de pronto me encontré cara a cara con el azar de la muerte. Nunca había estado en peligro; Helen me había mantenido a salvo. Pero en los días que vendrían conocería el verdadero miedo, no solo personal, sino por Helen y Dorothy, a quien llegaría a querer como a una verdadera hermana.

Llegué a conocer el poder del amor y descubrí que el amor dura para siempre. Antes de aquel espantoso día había sido una muchacha que adoraba la alegría y los buenos momentos, las risas y las noches en la ciudad. Había pensado muy poco en las penas de los demás. Creo que en el instante en que vi al señor Streeter tendido en el linóleo de nuestra cocina supe que ya nada volvería a ser igual.